



DIRECTOR PROPIETARIO: D. ANTONIO PÍAZ BENZO

AÑO I. — NÚM. 5.]
Madrid.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

29 DE ENERO DE 1899

ADMINISTRACIÓN: MADERA, 6.

[NÚMERO SUELTO
15 céntimos.]



EL DUQUE DE ALBA

Nació el año 1507, + en Lisboa el 12 de Enero de 1582.

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO

Centinela alerta, por Eusebio Blasco.—Política de la guerra, por A. García Pérez.—Los adanes, por Juan López Lapoulide.—Las casetas de Carabineros, por A. D. B.—Conspiración, por Joaquín de la Torre.—El primer baile, por Luis Gabaldón.—La Odissea de un héroe: El sargento Hurdissau, por Eduardo Gallego.—Anuncios.

CENTINELA ALERTA

LAS OÍ LA OTRA NOCHE, DE LEJOS, MUY DE LEJOS, ESTAS DOS PALABRAS A LA VEZ MILITARES Y TRISTES...

—¡Centinela... alerta!

—¡Alerta está!

¿De qué pueblo será?, ¿quién será ese?, iba yo diciendo de vuelta para casa.

Un soldado. Así le llamará el vulgo. Un *centinela*, se dirá marcando el papel que representa a las altas horas de la noche...

Papel muy importante, muy serio. En aquel momento en que dice las dos tradicionales palabras, el centinela es el responsable de la paz de la noche, el guardián del sueño del Rey, el pueblo convertido en vigilante cuando Madrid, ó duerme ó se divierte en círculos, casinos, tabernas y colmados.

Allí está, en lo más alto y en lo más frío, recibiendo la escarcha, el agua, la nieve, inmóvil, severo, responsable de todo lo que a su alrededor suceda. El montero de Espinosa vela abrigado en confortable aposento. El centinela de la Punta del Diamante guarda todo el palacio.

Allá en la aldea, sus padres duermen ó sueñan con él; saben que hasta que le den su licencia, el hijo está bien vestido, bien alimentado, libre de las duras faenas del campo. Han tenido la suerte de que este hijo de su alma no haya ido a la guerra. ¿Qué hará ahora? piensa la madre al acabar sus oraciones de la noche.

Y el centinela, en tanto, solo, envuelto en la niebla y en el silencio, recuerda la casa de adobes, el ancho fogón paterno donde arden los sarmientos, la vaca rubia que duerme en el establo al dulce calor de la paja, la campana de la torre que estará sonando a maitines... Y todos estos recuerdos los interrumpe la voz lejana del otro soldado, que desde muy lejos le grita:

—¡Centinela... alerta!

—¡Alerta estáaaa!—repite con toda la fuerza de sus pulmones.

Y ya no piensa sino en la gran representación que en tal momento tiene.

Es la fuerza pública reconcentrada, simbolizada en un solo hombre.

Es la fidelidad acrisolada, enfrente de la soledad de la noche ó en la velada luz de la cariñosa luna, á quien contempla en tiempo sereno como amiga íntima de la hora de facción.

—Aquel lucero que brilla á lo lejos es el mismo que Teresa y yo contemplábamos en las madrugadas, cuando, adelantando la hora del trabajo, salíamos de noche para habernos antes de que los padres despertaran.

¡Teresa! ¿Me esperará? ¿Se habrá casado? Tendrá paciencia para aguardar que el soldado vuelva? Todavía dos años... ¡Dios mío... dos años! Oigo pasos... ¡Ah! ¡Es el relevo! Por esta noche ya acabé, y á fe que casi lo siento, porque en esta soledad y con el Campo del Moro delante y allá el Guadarrama coronado de nieve, me parecía estar en las alturas de mis montes cántabros... ¡Qué despa-

vienen! ¡Ah! El alerta otra vez... Aún me queda tiempo de contestar...

—¡Centinela... alerta! gritan de nuevo allá á lo lejos.

—¡Alerta estáaa!

Le relevan, vuelve á su camastro. Pero ya acostado se acuerda de sus pensamientos que debieron volar hasta donde iban encaminados... y sin dejar de tener presentes todas las imágenes adoradas, va cerrando los ojos, y las ideas y los nombres se le confunden en el cerebro y se duerme repitiendo por dentro...

—Teresa... ¡Madre...!

Y parecele oír en el momento de quedarse dormido.

—¡Alerta están!

EUSEBIO BLASCO.

POLÍTICA DE LA GUERRA

TRISTES y recientes sucesos, falsamente juzgados, han venido acumulando, injustamente por cierto, contra la veneranda institución militar, graves y abrumadores cargos; de admirable constancia, resistencia á las privaciones, desprecio al clima y ardiente patriotismo ha dado repetidas pruebas; mas el destino implacable se ceba esta vez en España, dirige sobre ella el rigor de las desdichas, deshace los viriles esfuerzos de un pueblo lleno de abnegación y desinterés y se complace en intercalar entre las blancas y esplendorosas páginas de la Patria española, una negra y de triste recuerdo.

Aquel ejército que luchaba por ese bello y supremo ideal, el sentimiento de la Patria y el engrandecimiento de España, salió de la Madre patria pisando alfombras de palmas y laureles; y hoy los aclamados soldados... vuelven al hogar con frío en el corazón y entre la indiferencia de los que ayer les victoreaban. Quisieron venir á la casa solariega de la raza hispana con los trofeos de la victoria; si no lo consiguieron, jamás fué por culpa suya, pues el sacrificio y heroísmo sobrepujaron los límites razonables.

¿Qué causas, pues, han podido intervenir en la preparación, desarrollo y término del conflicto? Muchas; pero hemos de examinar una que puede servir de lección para el porvenir.

La consecuencia de toda campaña, es la resultante de dos fuerzas que en cada uno de los pueblos enemigos ejercen poderosa acción: *el ejército y la política de la guerra*.

Respecto al primer elemento, no cabe la menor duda de que ha sido el de España digno continuador de las tradiciones nacionales. El sentimiento del honor ha hecho del soldado español—como dice un ilustre oficial del Uruguay—"un héroe en el momento solemne de la prueba, y de cada héroe un soldado de orden en los períodos tranquilos de la paz."

Examinemos el otro factor, que tiene tan decisiva influencia en el curso de las operaciones militares.

La política de la guerra, fundándose en la geografía, en la historia y en las relaciones internacionales de los pueblos, es una fuerza directriz de todas las demás. En tiempo de paz, las relaciones comerciales, tratados de alianza, etc., preparan y determinan la política de cualquier guerra interior; durante las operaciones, un hábil político saca provecho de los hechos de armas, los prolonga ó los detiene, según convenga, y terminada la campaña, recoge sus frutos ó evita graves contratiempos.

En el estudio de la historia no deben examinarse las campañas desde el punto de vista puramente militar; para que

su conocimiento sea completo y para deducir útiles consecuencias, es necesario analizar juntamente el aspecto político, internacional y militar de una guerra cualquiera; hay que estudiar el origen y las consecuencias, no solamente los medios empleados.

Bismarck y Moltke, en los tiempos contemporáneos, simbolizan la política y la guerra, la previsión y el genio militar, la concepción y la ejecución, el alma y el cuerpo de un Estado; el primero, prepara la unidad alemana; el segundo, la consolida; aquél, con su voluntad de hierro atropella parlamento, prensa, opinión, etc.; éste, con sus soldados, vence dificultades, desconcierta al enemigo y por la puerta abierta de la Francia, hiere á ésta en su propio corazón. Bismarck, forma con su genio una Nación. Moltke, cosecha victorias y hace temido un nuevo Estado; no cabe, pues, inteligencia ni más perfecta ni más prudente, entre la guerra y su política.

Compréndese, pues, cuán útil como necesario es el completo conocimiento de la política de la guerra; no asociar la política á la guerra, no examinar las causas morales para contrarrestarlas con otras de la misma índole, pretender imponerse única y exclusivamente por la fuerza de las armas sin que á ésta acompañe otra que prepare el te-

rreno y recoja sus frutos, es esterilizar el empuje de la fuerza armada. Sospechar que la punta de las bayonetas acallará odios y rencores, es una candidez; por lo cual la política de la guerra deja sentir su influencia, tanto como la acción de las armas.

Para que un pueblo tenga conciencia de lo que defiende; para que sus entusiasmos no sean locos arrebatos, hijos de impresiones momentáneas; para que sus éxitos ó sus desgracias sean debidamente apreciados; y, por último, para que acariciadas ilusiones no se conviertan en odios y rencores contra aquellos ídolos que ayer creyó eran sus salvadores, ese pueblo, repito, no debe conocer tan sólo los choques adversos ó favorables de una campaña, sino la política que precedió á ésta, la acompañó y obró posteriormente, según su resultado.

Dirigida la guerra por la política y sintiendo la influencia de ésta, antes, en y después de los combates, si no se quiere caer en injusta apreciación al analizar las operaciones militares, es preciso tener ante todo en cuenta ese factor importantísimo para sostener el prestigio del ejército, el bienestar y la gloria de un pueblo.

A. GARCÍA PÉREZ.

LOS ADANES

RARO será el cuerpo de Infantería que deje de recibir en cada reemplazo anual, entre el desecho de los reclutas que en las zonas dejaron, al practicar la saca, los de Caballería, Artillería é Ingenieros, cuatro ó cinco *calamidades*, es decir, cuatro ó cinco mozos medio imbéciles y mal conformados, de los que no es posible hacer carrera.

Estos individuos constituyen la desesperación de los capitanes en cuyas compañías caen en suerte. Después de agotar con ellos toda su paciencia los instructores y de hacerlos pasar en el pelotón de torpes días y meses, y de acudir á todos los procedimientos, suaves ó duros, para convertirlos en soldados, llegan á convencerse los jefes del cuerpo de que cuanto se haga será inútil, y concluyen por disponer que los dejen en paz, que no se les entreguen prendas mayores, ni equipo y armamento, y que se les emplee en el oficio perpetuo de aguadores ó en otros menesteres mecánicos del cuartel. Eso sí, las deformidades ó la imbecilidad que padecen no es tan manifiesta que permite enviarlos al hospital como presuntos inútiles.

Todo se arregla así, y va bien mientras el cuerpo hace su vida normal de guarnición, y hasta, si sale á maniobras ó campaña, medios existen para emplear de alguna manera á los *adanés*; pero el conflicto se presenta cuando algún general visita el cuartel.

Entonces son los apuros, y el tener que inventar algo para que S. E. no tropiece con los cuatro ó seis *calamidades*. Un volumen podría llenarse con la relación de las cosas que Jefes y Capitanes suelen discurrir para *escamotear* esa media docena de adesesos; desde el encerrarlos en el cuarto de las escobas, hasta el hacer que se estén en las camas de la enfermería, si las hay, ó de los dormitorios, pasando así por enfermos leves. Y entre todas esas invenciones merece mención aparte la que hubo de ocurrírsele á cierto abanderado para sacar de apuros á su Teniente coronel.

El nuevo Capitán General del distrito había anunciado su revista al cuartel que ocupaba el Batallón de cazadores de... y no es preciso añadir que el día aquél, desde las

tres de la madrugada, jefes, oficiales, clases y soldados andaban, como suele decirse, de cabeza. Pocos minutos antes de la hora señalada parecía el cuartel *un ascua de oro*, según aseguraba por la noche en el café, el capitán de la segunda.

Pero al Teniente Coronel le habían traído á mal traer todo aquel tiempo los consabidos *adanés*. El General tenía fama de mal genio y á más de *chinche* y detallista. Sabíase que mandó cuerpo durante muchos años, y que conocía perfectamente, por lo tanto, todas las *tracamundanas*, utilizables en revistas como aquellas. Cansado ya de discutir, llamó el Teniente Coronel al Ayudante.

—Oiga V.—le dijo—es necesario que la media docena de *adanés* desaparezca de la vista. A V. se lo encargo.

—Pero, mi Coronel, ¿dónde los meto?

—Donde el General no los encuentre, y le advierto á V. que ese señor, según dicen, es de los que no dejan un rincón del cuartel sin escudriñar; de los que mandan deshacer las camas, y levantar las escobas para ver si debajo de ellas hay los residuos de la última barredura...

—¡Entonces!...

—Entonces... nada; lo dicho; V. me es responsable de que el General no vea á esos hombres.

El Ayudante salió furioso con tal comisión y fué á descargarla sobre el Abanderado.

—Haga V. lo que quiera con esa gente—le dijo.—Si el General la ve, nos hemos *caído* todos.

—Como no los mande picar y que los echen en el rancho, no se que hacer con ellos.

—Invente V.

—Los mandaré á la calle.

—No, porque los pueden ver. En fin arrégleselas V. como le sea posible. Eso es lo que ordena el Teniente Coronel.

Llegó el General á su hora, revistó las compañías y demás locales del cuartel, demostrando que era merecida su fama de minucioso y aun de pesado. Y á pesar de que no hubo rincón en que no penetrase, el Teniente Coronel



PROBLEMA

sentíase satisfecho al ver que los adanes no parecían por parte alguna. Como si se los hubiese tragado la tierra.

Tocóle su turno de revista al almacén, donde entró su excelencia con el Teniente Coronel y tras ellos toda la comitiva. El local era espacioso y estaba muy bien arreglado; así es que hubo de mostrarse complacida la superior autoridad del distrito.

Y ya se iba á retirar, cuando allá, en la parte más obscura, observó la presencia de varios bultos. Y como se quedase mirándolos, díjole el Teniente Coronel.

—Mi General—son los maniqués que con los uniformes antiguos y modernos envió la Dirección general del Arma á la última exposición de París (1).

—¡Ah, yal, repuso S. E., que siguió observando con los lentes aquellos monigotes vestidos con casaca y pantalón blanco, y monumental schakó el uno, con chupa y sombrero de candil, y peluca empolvada el otro, con ros de orejeras y poncho el de más allá; en fin, con diferentes uniformes de los que usó la Infantería española.

Los Oficiales, acostumbrados á ver allí siempre los maniqués, presenciaban indiferentes la escena; sólo el Aban-

derado parecía presa de extraña inquietud, que se acentuó cuando el General, penetrando por entre las hiladas de capotes colgados, fué acercándose hasta el fondo del almacén.

Sin embargo, se detuvo á cierta distancia de los muñecos, y hacia ya ademán de retirarse, cuando uno de ellos, y tras él los demás, movieron los brazos y presentaron las armas.

El Coronel, el Ayudante y el Abanderado se quedaron muertos. ¡Los adanes estaban allí! El abanderado los había vestido con las ropas de los maniqués, y los muy tontos, olvidando la consigna de permanecer inmóviles, presentábanle las armas al general...

Gracias á que éste, comprendiendo la situación, limitóse á decir burlonamente al primer jefe mientras salía del almacén:

—¿Son automáticos, verdad?

JUAN LAPOULIDE.

(1) Este envío de los maniqués y su reparto á los cuerpos del Ejército es absolutamente histórico.

LAS CASETAS DE CARABINEROS

A muchos de nuestros lectores parecerá que este es un asunto baladí, pero fijen su atención y verán que tiene alguna miga.

Resulta verdaderamente ignominioso y triste lo que sucede en cuanto se refiere al acuartelamiento de las fuerzas de Carabineros. ¿Qué diríamos si un regimiento, por no tener cuartel, se viera precisado á realizar todos los actos de su vida oficial y privada á la intemperie y en presencia de los transeúntes desocupados, ó que, para evitar esto, se albergase en chozas construidas por los mismos soldados, como se practica en la guerra cuando se acampa? Pues lo mismo sucede á muchos destacamentos del Cuerpo de Carabineros de nuestras costas y fronte-

ras; y las fuerzas que están acuarteladas ocupan en general edificios antiguos y reducidos, donde se hacinan y confunden las familias de los casados con los solteros, en contra de las más rudimentarias leyes de la moral y de la higiene, y sin que exista la debida separación é independencia de los departamentos destinados á cuerpo de guardia, sala de armas y cuartos de vivienda.

¿Y por qué sucede cosa tan anómala que recuerda la vida de tribu ó la desdichada existencia del gitano? Eso es lo que vamos á explicar.

Desde la creación del Cuerpo hasta el año 1892, el servicio de construcciones y reparaciones de casetas estuvo á cargo del



SOLUCIÓN

Ministerio de Hacienda, pero como por una parte todas eran dificultades para la tramitación de los expedientes y formación de los respectivos proyectos de obras por los arquitectos provinciales, que prolongaban indefinidamente su resolución; y por otra nunca se consignaba crédito bastante en los presupuestos para atender á obligación de tal importancia, de ahí que la ejecución de tales servicios se llevara á cabo, tarde, mal ó nunca, con perjuicio manifiesto para los Carabineros y los contratistas de las obras, pues ni los primeros veían jamás terminada su caseta, ni los segundos conseguían el pago de lo que se les adeudaba por sus trabajos, por lo que tampoco se encontraban dispuestos á presentarse en las subastas.

En 1892, merced á las gestiones de la Dirección general del Instituto, pasó el servicio de referencia á depender del Ministerio de Fomento, comisionando á las jefaturas de Ingenieros de caminos, canales y puertos de las provincias, para que redactasen los proyectos de reparación y construcción de casetas; pero como ha seguido subsistiendo el mismo mal, esto es, la falta de crédito en presupuesto, han sido contadas las casetas que se han construido y las reparaciones llevadas á cabo, desde el citado año. Además, el benemérito Cuerpo de Ingenieros de qué tratamos, cuenta con muy escaso personal para dedicarlo á un servicio que para él no puede tener el carácter preferente que tienen los demás á su cargo, y claro es que al dar por terminado un proyecto cualquiera, resulta casi siempre que la caseta se ha desmoronado antes y queda anulado el tiempo, dinero y trabajo que costó su construcción, pasando el crédito que para ello hay, á ejercicios cerrados y sabido es lo que esto significa. Por otra parte, hállanse en la Dirección general de Obras públicas durmiendo el sueño de los justos multitud de proyectos redactados por las jefaturas de Ingenieros civiles, á cuyas obras ni se dió principio ni se dará por falta de recursos para ello; pues las 20.000 pesetas consignadas en presupuesto para este objeto, se consume la mayor parte en dietas y viajes de los ingenieros que reconocen el terreno y las obras ó hacen los planos y proyectos.

Para remediar algo estos males y otros muchos que pudieran enumerarse, derivados todos de lo poco ó nada que los Gobiernos anteriores se han preocupado por el bienestar y necesario alojamiento que corresponde á esos servidores de la Hacienda, el digno actual Director general, que merece pláces por lo mucho que se preocupa del mejoramiento del Cuer-

po, gestionó y obtuvo en el año de 1894, que por lo menos se consignase en el presupuesto del Cuerpo una peseta mensual por plaza, como gratificación de casetas, para atender al entretenimiento y pequeñas reparaciones de las mismas, y con tal cantidad que asciende al año unas 160 mil pesetas, viene realizando milagros y atendiendo, no tan sólo á las reparaciones de dichos edificios, sino también á construcciones de garitas, garitones y algunas casetas, donde la mayor necesidad y urgencia aconseja edificarlas; pero como se necesitan algunos millones, ó por lo menos que en diez años seguidos se consignase en presupuesto un crédito de 500.000 pesetas, si se quiere que se construyan las casetas que faltan y se reedifiquen las que se hallan en estado ruinoso y por tanto inhabitables, sin perjuicio de seguir destinando la peseta mensual para atender á las reparaciones que los temporales ocasionan, dicho se está que de no hacerse así el mal seguirá subsistiendo, y gracias que no empeore, puesto que las obras que realiza el Cuerpo se pagan con dicha peseta mensual de la tropa, y por lo tanto apenas queda cantidad para construir las muchas casetas que faltan.

A fin de remediar tantos inconvenientes se hace necesario:

- 1.º Que se consigne crédito bastante en presupuesto por el bien de los individuos y del servicio que prestan.
- 2.º Que se destine personal suficiente á las jefaturas de Ingenieros de las provincias, dedicado sólo y exclusivamente al servicio de casetas.
- 3.º Que si esto no es factible, se encargue al Cuerpo de Ingenieros militares la redacción é inspección de los proyectos de obras y de la dirección é inspección de las mismas, y si posible fuera, aunque saldría más caro, que los obreros fuesen también militares.
- 4.º Que si tampoco se considera esto viable, se estudie la forma de verificar tan importante servicio, contratando la construcción de casetas con sociedades particulares, y pagando anualmente los réditos que suponga el capital empleado, por un número determinado de años.

Pensamos continuar el estudio de este asunto, porque es justo que se faciliten, por todos, al celoso General Hidalgo, los medios de conseguir, no sólo el bienestar posible al vigilante de nuestros derechos aduaneros, sino también, en beneficio de estos mismos derechos, el ejercicio del mando de los oficiales y la independencia de la tropa de Carabineros, en puntos donde su fiscalización tiene que ser tan constante como enérgica.

A. D. B.

* CONSPIRACIÓN *

Hace ya algunos años que un jumento, harto de palos y de pienso hambriento, lamentábase el pobre de esta suerte:
—¡Si he de seguir así, venga la muerte!
—Mas sin variar pasó día tras día, y viendo que la muerte no venía, desesperado le ocurrió la idea de que todos los burros de la aldea se reunieran á formar consejo, y éste le presidiera aquel más viejo. Llevóse al fin la reunión á cabo, y nuestro burro, meneando el rabo, su discurso empezó (casi elocuente) de la manera y forma aquí siguiente:
—Mis queridos y amados compañeros; en la historia hemos sido los primeros que un congreso animal hemos formado.
—Veo, amigo, que estáis mal informado— repuso otro jumento.—Y sois un topo si olvidáis que en tiempo del famoso Esopo los animales ya se reunieron.—
En un aplauso todos prorrumplieron entusiasmados por aquella cita.
—¡Bravo! ¡bravo! ¡muy bien! ¡que se repita!—
Impúsoles silencio el presidente, diciéndoles del modo mas prudente:
—Perdéis el tiempo discutiendo en vano; esa no es la cuestión: vamos al grano, ¡á ver! le dijo á nuestro borriquillo.
—¿Qué tienes que decir?—Pues muy sencillo, ver si podemos de cualquier manera que sea nuestra suerte menos fiera; esto de estar con la cabeza atada á un pesebre con paja y sin cebada, llevando siempre en las costillas peso, ¿se puede mucho tiempo aguantar eso? Y esto no es lo peor, ni lo más malo, ¿te paras? ¡jarre!! y ¡zás! nos dan un palo, otras veces nos dicen ¡¡soo... borrico!! y de un tirón nos hieren el hocico:
¡Compañeros, rompamos las cadenas!
¡A darnos buena vida y fuera penas!
No nos imitan ya los racionales en los circos haciendo de animales? Pues atendiendo á esto, yo discurro que si en el circo el hombre imita al burro, ¿por qué, para evitarnos desazones, no hemos de usar nosotros pantalones?
.....
Los borricos hacer esto quisieron, mas, lector, yo no sé si al fin lo hicieron; yo te lo advierto, porque no te asombre si ves alguno disfrazado de hombre.

JOAQUÍN DE LA TORRE.

EL PRIMER BAILE

OYE Felipe, acércate: ¿tú no lees nunca los carteles de los teatros? ¿Tú no has visto al venir hoy á la oficina unas grandes tiras por las esquinas que dicen *Baile de la Zarzuela. ¡Ande el movimiento! Gran concurso de disfraces?*

—Sí que lo he leído.

—¿Y no te ha dicho el corazón: Eugenio, esta noche vete al baile?

—Pues mira, no me ha dicho nada.

—Pues á mí sí. Esta noche me siento otro hombre, con ganas de sacudir un yugo matrimonial de veintinueve años.

—¡Pero hombre, dos personas serias como, tú y yo, metidos á nuestros años en esos trotes!

—Quita tonto, una noche es una noche; nuestras mujeres no se enterarán; porque si se enteraran, no lo quiero pensar; con una mujer como la mía, que me quita hasta las estampas de las cajas de fósforos, porque cree que se parecen á una novia que tuve.....

—Pero hay que pensar un pretexto serio, formal.

—Todo lo tengo previsto. Mira, como empleados, podemos decir que esta noche estamos de guardia en el ministerio; yo pediré las zapatillas y una friolera cualquiera á mi mujer para tomar un bocadillo; tú haces otro paquete igual, y así creen en casa que va de veras.

—Bueno; pero oye, al baile no iremos así con estas caras para que nos vea cualquiera.

—También eso podemos arreglarlo. Mira, como el baile es de disfraces, salimos de casa, cruzamos el patio, subimos á casa de ese sastre de teatros que vive en el tercero, nos presta dos disfraces, y así ¿quién nos conoce, eh? ¿Qué tal? ¿Tengo ó no tengo ideas peregrinas?

—Bueno, ¿y á qué hora? A las nueve te aguardo en casa, y digo en casa, y no en la tuya, porque mi mujer es más celosa, y desconfiará menos al verte entrar.

Los dos amigos se separan muy satisfechos de la que iban á correr; D. Felipe, sobre todo, iba con aire muy jactancioso, diciendo chicoleos á las muchachas, que al volverse, la galantería mayor que decían era: ¡el demonio del abuelo este! D. Felipe al llegar á su casa adoptó un aire de tristeza infinita; preñó los ojos en llanto más de una vez, mirando al techo con desconsuelo; toda la culpa era del jefe, el maldito jefe que le hacía ir aquella noche á trabajar; pero, ¡qué se iba á hacer! La mujer de D. Felipe cayó fácilmente en el garlito, luego él lo decía con un tono tan compujido, de tan profunda contrariedad, que no dejaba lugar á sospecha. Dieron las nueve. D. Felipe en cada campanada del reloj veía la reconquista de su libertad; entró su amigo y contó la misma historia de la oficina con igual éxito. Venía también con su paquete debajo del brazo, unas zapatillas y una americana vieja para estar más cómodo durante la noche; pero no era tal, sino un abundante surtido de fiambres. D. Felipe se despidió tiernamente de su esposa como si emprendiera un largo viaje; ella hasta la puerta salió á despedirlos, recomendándole á su marido que se subiera bien el cuello, que se tapara la boca, que tuviera cuidado con los coches y otras mil pias-dosas advertencias.

Cuando se vieron los dos amigos en el portal entonaron el himno de Riego: cruzan el patio y llaman en casa del sastre, no sin mirar antes si alguien les seguía, porque había que estar en todo.

D. Felipe se probó varios trajes con desgraciado éxito. Ninguno encajaba en su abultado volumen. El tenía capricho de ir de paje del siglo xvi, pero su barriga se oponía con tenacidad desesperante. *Por fin*, después de grandes esfuerzos, consiguió embutirse dentro de un *Mefistófeles*.

—Mira, Eugenio, veo que daremos golpe tú como vas de D. Juan Tenorio y yo de diablillo. Verdaderamente el traje va bien con mis ideas. Un diablillo como yo debe ir así. Y D. Felipe empezó á entonar la serenata de *Fausto*.

—Pero, calla hombre, que nos pueden oír, y ¡excuso decirte!

—Nada, hombre, nuestras mujeres á estas horas duermen tranquilas, creyendo que tú y yo tiramos de pluma. Oye, y á propósito, ¿cogiste el paquete? Mira aquí está. Pues anda desenvuélvelo y tomaremos aquí con el sastre un bocadillo.

—Ahora verás, salchichón, pavo trufado, galantina, carne.

—¿Carne también?

—Sí, hombre, carne de membrillo. Pues saca las ricas provisiones.

—¡Pero, hombre! ¿Qué traes aquí? En lugar de esas cosas, una americana y unas zapatillas.

—¡Qué gracia tiene! Que en lugar de coger el paquete que yo llevaba cuando entré en tu casa he traído el tuyo, el que tenía hecho para engañar á tu mujer.

—Vamos en desgracia. Ya me has agitado la noche, porque ahora mi mujer si se la ocurre abrir el envoltorio y se encuentra con eso... me lleva á presidio. No, no, paga esa cena, que á mí no me ha hecho gracia.

—Bueno, no hay tiempo que perder. Son la once. Ya han cerrado el portal, y podemos salir sin que nadie nos vea, y una vez en la calle tomamos un coche y al baile.

—Bueno, pues anda baja tú delante de Juan Tenorio. Te sigue Mefistófeles. Y los dos amigos bajan á tientas la escalera para no ser reconocidos por ningún vecino.

—Oye, Felipe; tú, Mefistófeles. A medida que nos acercamos al portal las piernas me flaquean de alegría.

—Calla D. Juan, es la emoción.

En este coloquio amistoso y cuando menos lo esperaban los dos amigos, abrieron el portal. D. Felipe y D. Eugenio se escondieron en el hueco de la escalera para no ser visto. ¿Quién será? La persona que entró era una vieja que vivía en la buhardilla, tan timorata que no se acostaba una noche sin registrar la casa, y mirar debajo de las camas. Como no acertaba á subir el primer escalón, encendió una cerilla con tal oportunidad que en el momento del *fiat lux*, D. Felipe, ó sea Mefistófeles, se dispuso á ganar la puerta. Verlo la vieja y dar un grito todo fué uno. ¡El diablo! ¡Sereno! El diablo que se me ha aparecido esta noche. Y á tal punto subió el escándalo de la maldita vieja que de todos los cuartos asomaron vecinos. D. Felipe y D. Eugenio viéndose perdidos tratan de meterse en casa del sastre, pero que si quieres, el bueno del sastre no respondía. La escalera se llenó de luces, la vieja, seguida de gente discutía á pies juntillos la verdad de la aparición del diablo; llegó el sereno y después de grandes pesquisas encuentran á mi buen D. Felipe y D. Eugenio reunidos y tiritando de miedo.

—Todo esto nos pasa—decía D. Felipe—por no haber salido con el pie derecho.

—No te quejes por eso, porque hemos *metido* los dos.

El sereno tomó la cosa por otro lado y trató de llevarse á D. Felipe y D. Eugenio á la prevención, suponiendo que eran dos aprovechados ladrones. Con todo transigía don Felipe menos con que su mujer le descubriera; pero, que si quieres, ni un perro tuvo el olfato de doña Segunda, la mujer de D. Felipe, que al reconocerle la emprendió con él y corriendo por el patio en su persecución, como si estuvieran en una pista, le alcanzó, se quitó las horquillas del moño y se dispuso á atacarle para pincharle como si fuese un insecto. D. Felipe, que conocía sobradamente á su mujer, se refugió detrás del sereno y quitándole el chuzo le dijo: ¡Sereno, por Dios, lléveme usted á la prevención del distrito! ¡Por Dios que no se le quite á usted la ideal

Luis GABALDÓN.

La odisea de un héroe.

EL SARGENTO HURDISAU

Los últimos desastres nacionales han producido en la opinión un desaliento y un pesimismo tan exagerados, que por todas partes existe la idea de la degeneración de la raza, creyendonos nosotros mismos incapaces para reconquistar lo perdido y colocarnos en el puesto que nos corresponde entre las naciones europeas. Precisamente esas mismas guerras de Cuba y Filipinas, que tantas desgracias nos han proporcionado, han demostrado plenamente el error de los que tal cosa suponen; el soldado es-

pañol ha probado en ellas que es ahora el que siempre fué, al que nunca le faltó el valor para arrostrar los mayores peligros y seguir adelante con las más atrevidas empresas, el que hizo alardes de heroísmo cuantas veces se le presentó ocasión para ello. Si entonces la victoria siempre le acompañaba, y hoy le abandona por completo, se debe á otras causas; la raza no ha degenerado, el ejército de hoy, tiene aún más méritos que el ejército de ayer; entonces iba al combate seguro de la victoria; hoy se ha dado la batalla con fundados temores de perderla sin que sea apreciada siquiera, y tan sólo por dejar bien puesto el honor de las armas.

En momentos de ligero entusiasmo y con el más absoluto desconocimiento de la realidad, se ha pedido al Ejército que entable una lucha desigual, imposible; y el Ejército ha ido al sacrificio sin que se le oiga una queja, sin medios, sin elementos, casi extenuado, y en esas condiciones se ha batido como correspondía á su tradición y á su historia; quiso continuar la lucha; apenas iniciada le ordenaron lo contrario, y obedeció ciegamente. Si hubiese resultado victorioso se multiplicarían las ovaciones; por desgracia no ha sido así, pero tampoco regresa vencido y, sin embargo, se le recibe con marcada frialdad é indiferencia. Si las tropas que midieron con el enemigo sus armas no alcanzaron el triunfo, debióse á la fatalidad, á mil causas que todo el mundo conoce, pero nunca á haber omitido sacrificios, ó haberles escaseado el valor. Si los resultados han sido desastrosos, métese que el Ejército no ha sido más que la víctima.

El valor militar no se ha perdido; lo que brilla por su ausencia es el valor cívico. En esta atmósfera de indiferencia, de egoísmo y de apatía que nos rodea y amenaza asfixiarnos, nadie se detiene á separar lo bueno de lo malo; lo mismo se mira al apto que al inepto, y hechos heroicos de esos que enaltecen al que los lleva á cabo, immortalizan su nombre, y honran á su patria, pasan completamente desconocidos, sin más razón ni más motivo que el haber resultado infructuosos.

•••

Allá por el mes de Enero del 97, la prensa describía con notable sencillez el triste fin del poblado de Guisa (Santiago de Cuba), defendido por una pequeña guarnición de infantería y dos cañones de campaña, y que después de varios días de sitio, arrasados los fortines exteriores, inutilizada la artillería, muertos ó heridos casi todos sus defensores, y faltos de municiones el resto, caía en poder de numerosas fuerzas insurrectas de Calixto García, que hacían prisioneros á los escasos soldados que quedaron con vida.

En aquel desdichado relato, dedicaba unas líneas al sargento de ingenieros Julio Hurdisau, jefe de la estación heliográfica, que con un cabo y tres soldados telegrafistas, no desatendió por un momento siquiera, durante el sitio, su importantísima misión, á la par que defendió la torre, hasta que fué destruida por un proyectil de la artillería enemiga.

En los últimos momentos de aquella heroica jornada, cuando el enemigo se acercaba al destacamento, cuya defensa se hacía ya imposible, el valiente sargento, herido de un casco de granada, y falto de fuerzas para mover la palanca del manipulador, pero sobrado de corazón, transmitía á la estación de Bayamo, el siguiente despacho. *Enemigo sigue bombardeando esta torre.—Transmito noticia desde el foso.—Dos piezas hacen fuego contra esta torre.—Dentro del pueblo tiran otras cuatro piezas.—Estoy herido de granada.—El cabo grave.—No puedo más.—HURDISAU.*—La elocuencia del telegrama anterior, hace

inútil y excede á cuantos aplausos pudieran tributársele. Esas líneas en las cuales el moribundo sargento, se despedía de sus compañeros, á los que seguramente no soñaría ver más, llevan envuelta una idea de abnegación y cumplimiento del deber que jamás se podrá superar. El sargento Hurdisau cumplió el solemne juramento prestado ante la bandera, de defenderla hasta perder la última gota de su sangre. El Cuerpo de Ingenieros y el Ejército entero, deben enorgullecerse de contar en sus filas al héroe Hurdisau cuyo honroso proceder es digno de gloria imperecedera y debe servir de estímulo y ejemplo. El infante que defiende el puesto confiado hasta perder su vida, el artillero que permanece al lado de sus piezas, mientras puede servir las, ó el jinete que se lanza veloz á la carga contra el enemigo, aun seguro de encontrar en su carrera muerte cierta, son por igual admirables; tan héroe es el uno como el otro, pero todos al morir mueren matando, y esto... aunque no debiera serlo, siempre es un consuelo; más el que despreciando el fuego, y viendo que se acerca el momento de su muerte, cumple mientras le queda una gota de sangre esa sagrada pero deslucida misión, es más admirable todavía, revela un corazón más entero, realiza á mi entender un hecho más heroico, si caben grados en el heroismo; llega á lo sublime...

La noticia del sitio de Guisa se supo por el heliógrafo en Bayamo con algunos días de anticipación á la entrada de los insurrectos en el pueblo; pero las dificultades de la marcha y el pésimo estado del camino impidieron á la columna de socorro llegar á tiempo para auxiliar al pequeño destacamento, y sólo encontraron en el poblado las huellas del salvajismo y de la barbarie que por donde pasaban los insurrectos iban quedando.

Nada volvió á saberse de los prisioneros de Guisa, de cuya suerte nadie se ha preocupado (por creer segura su muerte), hasta que terminada la guerra con los Estados Unidos, han sido entregados varios de ellos, entre los cuales se cuenta Hurdisau, á las autoridades españolas de Holguín, desde cuya plaza fueron enviados á la Habana.

La presencia de Hurdisau en su antiguo batallón, donde ya había sido dado de baja, produjo general sorpresa, y el olvidado sargento, después de ocho meses de insufrible cautiverio, se encuentra entre sus compañeros.

Dificultades administrativas y económicas que no son de extrañar, dada la situación anómala de Cuba en estos meses anteriores á la entrega de la isla, han impedido que Hurdisau pueda cobrar sus haberes, alcances y demás cantidades que hubieran podido corresponderle durante los meses que permaneció en poder de los mambises, hallándose actualmente enfermo de cuerpo y alma, sin recursos y aun sin ropas en un hospital de la Habana, ansiando llegue el momento de regresar á la patria, que con tanto valor defendió, y abrazar á sus padres y compañeros, entre los cuales encontrará, seguramente, la tranquilidad y cuidado de que se halla tan necesitado.

..

Dados los sentimientos de justicia en que siempre se ha inspirado el Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, tenemos la seguridad de que no quedará sin el premio merecido la heroica conducta y méritos del sargento Hurdisau, acreedor á la admiración y respeto de cuantos se tengan por buenos españoles y al agradecimiento eterno de su patria.

EDUARDO GALLEG0.

LA NACIÓN MILITAR

Semanario independiente, de Ciencias Sociales y Militares, Literatura y Artes.

LA NACIÓN MILITAR

ADMINISTRADOR

DON TOMÁS MORENCOS

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

OFICINAS

MADERA, 6, PRINCIPAL DERECHA

COLABORACIÓN DE LOS MÁS DISTINGUIDOS ESCRITORES Y ARTISTAS MILITARES Y CIVILES

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Madrid, provincias y posesiones españolas.....	{ Un mes, 0,75 pesetas. Tres meses, 2,25 pesetas. Tres meses, 4,50 francos.
Extranjero.....	

Anuncios: á 0,25 pesetas línea.

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA EL INGRESO EN LAS

ACADEMIAS MILITARES

Honorarios especiales para individuos de tropa y huérfanos militares.

Clases para los sargentos que deseen ingresar en las Academias de Carabineros y Guardia civil.

Las clases empezarán el 15 del corriente.

Para matrículas y demás detalles dirigirse á la Administración de la Academia.

PLAZA DEL DOS DE MAYO, 8, segundo derecha, de diez á doce de la mañana y de dos á cuatro de la tarde.